XIII

BRÍGIDA FERRAND

¡Qué razón he tenido en mis presentimientos! repetía Juan, una vez solo: sí ¡qué razón he tenido cuando temía manifestarle mis esperanzas, mis luchas, mi amor!... ¡Qué arraigado está en él ese odio que tiene al admirable señor Ferrand! ¡Si supiera que todo mi sueño de felicidad ha sido casarme con Brígida!... Pero no lo sabrá jamás. Al menos respecto de esto tengo el derecho de callarme. En cuanto á lo otro, mi deber era hablar. ... ¿Y para qué? Ni siquiera esos dos horribles dramas han conseguido abrirle los ojos. No los ha visto más que á través de sus ideas, que le han dictado palabras tan duras, á él que tiene un corazón tan generoso. ¿Desistirá alguna vez de esa implacable sentencia?... ¡Quién sabe! Una vez que se haya calmado hablarán en él la carne y la sangre. Pero en su inteligencia nada cambiará... Cuando entró mi madre, él no sintió siquiera su injusticia al dar poca importancia á la desgracia de Julia comparada con la de Antonio. Que no haya sabido hacer hablar á su hija, es la prueba de

que no ha sabido hacerse amar, y de que ella tampoco la ama. Que en horas semejantes no hable esa pobre hermana, ni abra su corazón, ni pronuncie una queja; ¡qué condenación para una madre! Y él no ve esto, como tampoco ve lo de Ferrand... Además, ¿qué me importa, puesto que todo ha acabado para siempre?...

El hijo de José Mennerón era sincero en renunciar á la mano de la joven á quien amaba. Después de los sentimientos que había manifestado su padre, le parecía que era un crimen pensar en semejante matrimonio. No era menos sincero en su persuasión de que en adelante nada haría abrir los ojos al incorregible sectario sobre las causas profundas de los acontecimientos que de rechazo le habían herido terriblemente. Á pesar del vigor precoz de su pensamiento, y aunque el sufrimiento le había hecho ya hombre, Juan era muy joven todavía para comprender ciertas complicaciones íntimas que resultan de la influencia inconsciente de la sensibilidad sobre la inteligencia. Casi desde su infancia lo había adivinado y se lo había dicho al señor Víctor Ferrand en su conversación: el optimismo de su padre era casi premeditado. No sabía que esta ceguedad sistemática del profesor no era otra cosa que *su destino evidente*, y que la energía de las afirmaciones del jacobino corría parejas con la amargura de sus desengaños. Cuanto más habían desmentido sus doctrinas los hechos que le ocurrían, más aferrado seguía en ellas. Pero este mismo ardor de defensa contra las lecciones emanadas de la realidad, demostraba que estas lecciones, en oposición á lo que creía su hijo, le llegaban á tiempo. Sólo que, — es la ley general cuando una inteligencia se niega á amoldar sus ideas á los hechos, — en lugar de recibir estas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

lecciones en forma de enseñanza, las recibía en forma de dolor. Si el joven hubiera descifrado enteramente esa misma mañana el corazón de un jefe de familia tan probado, se habría asustado de ver que las palabras con que este padre infeliz había elogiado á su mujer, eran una estupenda mentira por defenderla contra las severidades de su hijo. José Monnerón que nunca había juzgado á su Ana cuando se trataba de él, acababa de juzgarla á propósito de su hija y de comprender tan claramente como Juan que el silencio de Julia era una acusación contra su madre. Esta impresión que jamás había de salir de su boca, era el símbolo exacto del trabajo que se iba á operar en él. Mientras que sólo se había tratado de él, nunca había hecho caso de los mentís que la vida daba á sus ideas. La culpa la tenía la vida y la desafiaba, como hombre de Plutarco, á la antigua, en vez de enderezar su pensamiento conforme á ella. Este apasionado por la igualdad hubiera podido, por ejemplo, comprobar con su propia experiencia la mentira de esta fórmula, la más seductora de su programa ideal : « Todas las carreras abiertas para todos. » A los cincuenta años pasados, el profesor de liceo sin fortuna y que no había podido llegar á doctor, ganaba lo justo para hacer frente á las necesidades de la familia y se mataba dando lecciones suplementarias, sin haber tenido nunca una licencia para respirar el aire libre. ¿ Qué probaba todo eso ? Que debía forzar su alma y trabajar hasta el fin como buen ciudadano, y nada más. Pero no sacaba la consecuencia de que la fórmula era falsa. Por doquiera veía á colegas suyos que había conocido siendo bonapartistas acérrimos antes del 70, conservadores en tiempo de Mac-Mahón, oportunistas ardientes en tiempo de Gambetta, socialistas magná-

nimos ahora y directores de universidades populares, obtener buenas prebendas bien retribuídas, ascender á rectores, ostentar en el pecho grandes cruces, figurar en el mundo oficial, mientras que él, obrero de la primera hora, seguía matándose á trabajar, sin haber obtenido más que una triste condecoración que debía á la caridad de Barantín. Esta experiencia le dejaba perfectamente convencido de que el régimen democrático tiene la incontestable ventaja de que puede uno ser algo por su mérito personal. Ciertos políticos polemistas trastornaban los programas de la enseñanza secundaria. Él, el ferviente de las letras latinas y griegas, veía todos los años que bajaba el nivel de los estudios y que se envilecía la joven inteligencia francesa. Pero no sacaba la consecuencia de que el número no crea ni reconoce la competencia, y que someter un país al gobierno de los elegidos del sufragio universal, ó sea de una mayoría de charlatanes nacida de otra de ignorantes, es degradarle... Y así de lo demás. Y he aquí que el crimen de Antonio y la falta de Julia acababan de mostrarle repentinamente, al lado de su propia desgracia, la de sus hijos. La cándida frase que había pronunciado al comunicar á su hijo Juan la primera denuncia de Berthier contra Antonio : « Yo estaba tan orgulloso de mi numerosa familia ! ... » correspondía á ideas bien profundas en su pobre corazón. Forzado por la evidencia á considerar su propia suerte como poco conforme á las esperanzas de su juventud, había reconcentrado toda su esperanza de felicidad en sus hijos. Se había figurado verlos colocados en puestos seguros, tomando parte en la actividad de esta Francia cada vez más amoldada á los « inmortales principios. » Por una de esas extrañas ilusiones de óptica como las que produce el fanatismo

ideológico, después de haber probado por sí mismo cuántos desengaños acarrea una carrera sujeta al ascenso administrativo, se forjaba ilusiones de funcionario feliz respecto de sus hijos. El despertar había sido terrible. La explosión de esta cólera no debía ni podía durar. Este padre insensato, pero tan magnánimo, amaba tan de veras á los suyos, que, una vez pasado el primer momento de indignación, no podía menos de abogar por los dos hijos culpables. ¿Cómo los defendería sino de la manera que había dicho Juan? Ante acciones que el sentido moral no podría justificar sin negarse á sí mismo, ¿á qué motivos de indulgencia apelaría? Á las circunstancias, al medio, á los errores de la educación... Pero esas circunstancias eran las mismas en que José Monnerón había formado su familia; ese medio era la atmósfera de las creencias que él respiraba; esa educación era la aplicación de los postulados que servían de fundamento á su fe... Á pesar de haber estado Juan muy moderado en la expresión de su pensamiento, había dicho tanto que el profesor ateo y revolucionario vió claramente que su hijo condenaba, no su carácter, sino sus más íntimas certezas. La única atenuación de las faltas de su hijo y de su hija estaba en el error de las doctrinas, en las que siempre había querido ver la revelación de una humanidad nueva... En seguida que salió Juan del cuarto, le había asaltado al padre ese dilema; y en seguida también se había rebelado contra una hipótesis en cuyo fondo discernía vagamente esta afirmación: que había errado su vida, no sólo para él mismo, sino para los suyos; que no había creado una familia, y más en el fondo aún, que habiendo obrado siempre según las tendencias de la Francia moderna, esta Francia no le había juzgado bien. Empeñado estaba

ya en convencerse de que no había necesidad de relación entre las falsificaciones y los robos cometidos por su hijo mayor y la deshonra de su hija, por una parte, y las teorías conforme á las cuales los había educado, por otra.

— ¡Ah! exclamaba á solas. Esas son las ideas de ese Ferrand. ¡Qué pronto las he reconocido! Se las ha imbuído á mi pobre Juan, y, por desgracia, los hechos vienen á justificarlas... ¡Alienígenas! ¡Advenedizos! ¿Qué significan estas palabras? Es la contrarrevolución y su trabajo incesante bajo una forma nueva. ¿Hay menos crímenes en los pueblos, entre los campesinos que jamás han salido de su tierra? Un mozo de veinticinco años se enamora de una bribona, y comete un robo. Una hija sencilla escucha á un malvado, y se deja engañar. ¿Y qué?... Pero se trata de negar el progreso y de ensalzar la tradición. De todo sacan pretexto... ¿La falta de sociedad? ¿Y qué significa eso también? Que se quieren restablecer las preocupaciones, reconstituir las castas, contener el gran empuje de la clase baja... ¿La falta de religión? No le ha faltado religión á ese bribón de Rumesnil. El medio en que ha vivido, bien determinado está. Ese no es un producto de la democracia, pero es del fango... No. Ambos han tenido lo que podían tener para ser, la hija una buena mujer, el hijo un hombre honrado; ella como su madre, él como yo... Por eso son más criminales y lo son sin excusas, y...

Tal era el razonamiento que estaba haciendo el desdichado padre, apoyado de codos sobre la mesa de trabajo, entre sus libros y trabajos abandonados. Expuesto de esa manera y con tal rigor, consideraba su razonamiento lógicamente irrefutable, y no se engañaba. Al mismo tiempo la secreta piedad que empezaba

á sentir por sus hijos le iba llevando hacia el sofisma. Es exacto que no hay necesidad de relación entre ciertas doctrinas y ciertos actos. Prueba de ello era Rumesnil, — á pesar de ser el joven noble un producto del *Error Francés*, de un estado social en que los privilegiados por nacimiento, no teniendo ya sus derechos ni los deberes correspondientes, son instrumentos de corrupción.

No es menos exacto que ciertas doctrinas aumentan y que otras disminuyen la probabilidad de ciertos actos. Ocurre con ellas como con esas medidas de higiene que no preservan necesariamente de la enfermedad; pero representan, sin embargo, una defensa que no se debe omitir. La ciencia de las costumbres, este conjunto de observaciones y de inducciones que constituye la Física social, no parece hasta ahora capaz de conclusiones absolutas. Se resume en indicaciones empíricas y muy modestas, pero que adquieren un valor singular cuando ocurre un caso preciso. Para continuar con una comparación de un orden particular, ¿qué padre se perdonaría jamás si durante una epidemia de fiebre tifoidea viese morir de contagio á uno de sus hijos por no haber vigilado el agua que bebía? El hijo hubiera podido ser contagiado á pesar de la vigilancia. Pero á lo menos el padre habría hecho lo que podía y debía. Lo mismo ocurre en el orden de las cosas morales cuando tropezamos con desgracias que se podían haber evitado probablemente con algunas precauciones. Bien se nos alcanza que ni siquiera esas precauciones habrían sido un remedio de una eficacia indiscutible. Nos basta concebir esta eficacia como posible para que nuestra conciencia nos acuse de no haber acudido á él. Este obscuro remordimiento es el que habían despertado las palabras de Juan en el alma

de su padre. Las demostraciones más fundadas perdían tanto de su razón cuanto que el corazón del pobre padre conspiraba con este remordimiento: asumiendo para sí una parte de responsabilidad, disminuía la de esos dos miserables seres nacidos de su sangre, que tan pronto se habían hundido en lo irreparable. No podía compadecerlos sin condenarse. Este malestar de conciencia se manifestaba con cierta vaguedad, y el orgullo de la lógica debía continuar oponiéndose hasta el fin. Sin embargo, había nacido y debía necesariamente convertirse en indulgencia por el hijo ladrón y la hija madre.

Este cambio que Juan no había esperado tan pronto, había ya comenzado cuando el profesor se sentó á las doce á la mesa, al rededor de la cual, en lugar de cuatro hijos que se habían sentado la semana precedente, no había mas que él, su mujer y un hijo del que temía estar separado sobre puntos tan íntimos. ¡Qué comida despachada en veinte minutos ante la mirada desvergonzada de una criada que habían tomado dos meses antes en una agencia de colocaciones y que desde la víspera había escuchado tanto á las puertas que no podía menos de sospechar la verdad! En casa de Monnerón las criadas no duraban mucho tiempo. Generalmente, el jefe de la familia, fiel al principio optimista de « tomar las cosas como vienen », se acomodaba á las nuevas caras que se sucedían en su servicio, con una filosofía que le faltó esa mañana. Esta Paulina, robusta moza desdentada, le pareció muy corrida y se estremeció de horror al pensar que esta buscona había podido ser la encubridora de la novela criminal de Julia. Al mismo tiempo, la irritación que observaba en su mujer respecto de él, redoblaba su tristeza. En ella veía una prueba indiscutible de esta parcialidad hacia Antonio,

que había sido uno de los elementos de la pérdida del hijo y de la hija. Aquél había sido muy mimado y mal educado, y ésta apenas amada. En fin, la sola presencia de Juan evocaba vivamente, desde que tuvieron aquella conversación, el recuerdo de Ferrand, del antiguo camarada, siempre aborrecido hacía muchos años, pero jamás como hoy. Esta visión del filósofo católico catequizando á su hijo, tratando de robársele, — así traducía él esta obra de propaganda por el ejemplo, ininteligible para sus preocupaciones, — le repugnó tanto á este hombre martirizado, que hubiera gritado de dolor.

— No hay más remedio que devolverle esos cinco mil francos esta misma tarde, decía para sí al levantarse de la mesa. No quiero deberle ese dinero... Pero me propongo hacerle sentir lo que pienso de su abuso de confianza, él que siempre ha pretendido que no se valía de su cátedra para hacer prosélitos...

Este deseo, ó mejor dicho esta necesidad de no deber nada á su antagonista espiritual le dominaba tanto, que hizo una acción, para él extraordinaria. — Hubiera podido contar las veces que se había permitido tal cosa depués de treinta años de servicio universitario. — Salió de casa dejando al portero cuatro letras de excusa para un alumno que debía venir á las dos para el repaso de una lección. Quería ejecutar inmediatamente un proyecto trazado en la cabeza desde que supo por Berthier el robo de los cinco mil francos y su restitución por Antonio, sospechando que éste los había pedido prestados ó había cometido otra indelicadeza. Ya sabemos que todas sus economías se reducían á una fuerte póliza de seguros contra la vida para su mujer en caso de morir él. El profesor había resuelto buscar un préstamo sobre esta póliza. Á la media hora de haberse

levantado de la mesa estaba ya en las oficinas de la Compañía situadas en la plaza del Teatro Francés. De allí salió en seguida y tomó un coche para ir á la calle Cortambert, con intención de ver á Barantín. He aquí por qué : el empleado encargado de estas operaciones de préstamos le había dicho que las formalidades de semejante empréstito requerían lo menos dos días. José Monnerón había dado sus órdenes para este fin. Pero no pudiendo esperar cuarenta y ocho horas, iba á pedir á su correligionario político que le adelantase los cinco mil francos. Pero, — curioso detalle que probaba el gran paso que había dado en el camino del perdón en estas dos horas — en lugar de cinco mil francos pidió quince mil á la Compañía. El empleo del exceso no estaba muy en armonía con el severo programa que había enunciado poco antes : Ahora pensaba ya ayudar á su hijo mayor á levantarse. En esta visita al antiguo miembro del gabinete Bouteiller no quería solamente pedir que el diputado influyente le prestase lo que necesitaba para pagar la deuda contraída con Ferrand, sino que llevaba intención de suplicarle que hiciese algunas diligencias para que le diesen á Antonio una concesión en alguna colonia. En su pensamiento, los diez mil francos debían servir para los primeros gastos de instalación de su hijo rehabilitado, — ¡así le veía ya! — por la aceptación del destierro y del trabajo.

El íntegro Barantín no estaba en casa. Había salido de París la víspera para ír á pronunciar en provincias uno de esos discursos hinchados, en los que su compañero de la Escuela Normal solía admirar la energía de « elevadas convicciones defendidas con tanto desinterés. » Ahí estaba para probar ese desinterés el bonito hotel amueblado con todo lujo de su amigo Barantín. José Monneron había visitado muchas veces este deli-

cioso retiro del político doctrinario y chanchullero, desde que el traductor de Kant, el profeta de la solidaridad, el amigo de los desheredados, se había instalado allí entre dos ministerios. Antes de esta visita, jamás había tenido el utopista el pensamiento de mirar el lujo que el diputado del Sena debía á « su magnánima solicitud por todas las causas generosas, » decían los periódicos de su partido. — ¿ La palabra generoso no tiene dos sentidos? — Pero las revelaciones de estos últimos días y las reflexiones que de ahí nacieron, habían sacudido su profundo candor. Por primera vez, este lujo impudente del demagogo arrivista, á quien en otro tiempo había conocido pobre profesor como él, le hirió una cuerda oculta, hasta el punto de rechazar el papel y el sobre que un ayuda de cámara de insolente aspecto le había presentado. Se contentó, pues, con dejar su tarjeta sin escribir una palabra y salió. Cuando estuvo en el coche consultó el reloj y vió que apenas era la una y media. Le quedaba tiempo para volver á casa á dar su lección de repaso. Dió al cochero su dirección y se puso en marcha atravesando calles en que Monnerón no se fijó al principio, ensimismado como estaba en su contrariedad de no poder pagar á Ferrand antes de dos ó tres días... ¿ Por qué en ciertos momentos esta distracción se transformó en un examen atento del camino seguido por el coche, que, después de haber pasado el puente del Alma se disponía á atravesar la plaza de los Inválidos?... ¿ Por qué el corazón del padre, hace poco tan implacable, comenzó á latir con más fuerza á cada vuelta de las ruedas?... ¿ Por qué expresaba su cara la emoción angustiosa de un hombre atormentado entre dos voluntades contradictorias?... ¿ Si no tenía más que el tiempo justo para llegar á su casa á dar la lección á su

alumno, por qué mandó parar de repente el coche en la esquina de la Explanada y de la calle *Saint Dominique* y echó á andar á pie en una dirección que no era la de su casa, ya acortando, ya alargando el paso, sentándose en un banco y volviendo á marchar?... ¡Ah, noble corazón de una humandad tan sencilla, tan verdadera, tan sensible cuando el orgullo no le cegaba! El pensamiento de que su hija estaba en cama, herida y desamparada, en una de las casas de la manzana que domina la cúpula dorada de los Inválidos, se apoderó del pobre padre al distinguir desde el coche el antiguo monumento construído por Mansart, y en ese instante todo lo había olvidado : la indignación contra tan culpable mentira, la cólera del burgués comedido contra la vergüenza de una seducción, el rencor del sectario contra el mentís dado á sus principios de educación, todo, en fin, — excepto el cariño apasionado por la hija cuya venida al mundo había saludado con tanto amor. Y ahora iba corriendo á donde estaba... Temía y deseaba tanto esta entrevista, la primera desde que sabía la falta de su Julia, que el exceso de emoción le inmovilizaba por momentos. En fin, ya había atravesado la calle de *Babylone*... Aún otro esfuerzo más... Había llegado á la esquina de la calle *Oudinot*... Después de preguntar á una persona, llamó á la puerta de la casa religiosa á donde había mandado transportar el doctor Graux á la joven... Apenas dijo quién era, una de las religiosas le introdujo en el cuarto de su hija. Al verle entrar, se quedó Julia más pálida que las cortinas blancas que servían de fondo claro á la palidez de su rostro. Y vió en ese mismo instante, en la cara y el ademán de su padre, que éste lo sabía todo y que la perdonaría.

— ¡ Hija mía!... decía sollozando, ¡ hija mía!... y

la obligaba á que se cubriera los brazos con la manta, como solía hacerlo cuando su hija era pequeña. No hables; no te emociones; no te turbes... He venido porque no podía estar sin verte, porque deseaba decirte que debes vivir, que yo lo exijo, que debes confiar en mí, y que debes estar segura de que yo no te faltaré jamás, jamás... No me cuentes nada. Todo lo sé... Todo lo has expiado... En tu cara leo tu desgracia. Ten confianza en tu padre. ¿ Por qué no la has tenido siempre?... No he venido á echarte nada en cara, sino para que veas que todo está olvidado y que te amo como antes... Y continuaba prodigando á su hija culpable, en este cuarto de dolor, todas las frases que no había sabido decirle, á pesar de todo su afecto, cuando hubiera podido salvarla. Es que entonces, y durante largos años, las concepciones sistemáticas del teórico habían dominado siempre sus relaciones con sus hijos, mientras que á la cabecera de esta cama de hospital se había despertado en él el hombre del pueblo con su sensibilidad franca y primitiva. Si en su vida hubiera salido de Quintenas, su pueblo nativo, ni se hubiera quitado la blusa azul ni los groseros zuecos, no habría acudido á ver á su hija con otros sentimientos, si hubiese estado enferma en el hospital de Annonay la ciudad más próxima. Mientras que hablaba el padre, gruesas lágrimas corrían por las mejillas de Julia, lágrimas de supremo desahogo y gratitud, de alivio y consuelo, hasta el instante en que le dijo : Tu madre no sabe nada todavía, pero no te atormentes, que yo me encargo de decírselo. Ten confianza en que pensará y sentirá como yo .. Ella te llevará á casa cuando sea hora... No entrarás ya en Sevres, y se acabó. Vivirás siempre con nosotros dando algunas lecciones. Traeremos el niño á casa cuando sea un poco grande y le presentaremos como si fuera hijo de uno de nuestros parientes de provincias. Nadie sabrá la verdad más que tu madre, tu hermano Juan y yo... Y no nos separaremos jamás...

A medida que hablaba, Monnerón vió con asombro que Julia rompía á llorar, como si le hiciese mal el cuadro de paz familiar que le estaba bosquejando, y que respondió :

— No, eso es imposible, papá, de todo punto imposible. No puedo vivir contigo en tu casa. La fatalidad me arrastra á alejarme de vosotros, á vivir sola, á salir de Francia para no volver, á desaparecer...

— Ya ves que te falta otra vez confianza en mí, dijo el padre. ¿ Por qué has de dejarme y vivir sola?...

— Porque una madre soltera es una vergüeza para la familia, y porque no quiero imponer esta vergüenza á quien ha sido tan bueno y afectuoso conmigo... Sí, en este momento pienso en Juan y en lo que sucedería si viviera en casa cuando él se case... Ó callaría mi falta á su mujer, ó se la diría. Pero le conozco, y no soportaría esta mentira, ni yo soportaría tampoco que su mujer me mirase de reojo. No, padre mío, debo desaparecer tan pronto como esté curada...

— Pero Juan no está aún casado, respondió el padre.

— Lo estará pronto.

— ¿ Por qué dices eso? preguntó el padre sorprendido del tono afirmativo de su hija. ¿ Te ha contado él algo?...

— Sé que ama á una joven.

— ¿ Á quién?

— A Brígida Ferrand, respondió Julia después de un momento de vacilación.

— ¿ Brígida Ferrand?... repitió José Monnerón. El acento con que había pronunciado el nombre de la hija

de su antiguo compañero revelaba un estremecimiento tan fuerte, que Julia no añadió una palabra más. El padre también se había callado. De todos los rasgones que acababan de lacerar el velo de ilusiones que le cubría después de tantos años, éste era quizá el menos esperado y el más doloroso. El profesor contemplaba mentalmente este último jirón con esa especie de espanto que uno de sus predilectos autores, el apasionado y tierno Virgilio, había empleado en una de sus producciones cuya belleza le gustaba recalcar ante sus retóricos asombrados. Es el verso de las *Geórgicas* en que Orfeo se vuelve para ver á Eurídice:

Immemor, heu! victusque animi respexit. Ibi omnis
Effusus labor...

¡Qué bien hubiera encajado esta cita en este instante, si el jefe de familia que veía también « *el corazón vencido... todo su esfuerzo perdido,* » hubiese tenido aún la fuerza de tomar, como lo solía hacer, la fórmula de sus sentimientos en el genio antiguo! Había podido hasta ese momento y cuando Juan le había enunciado ideas tomadas del autor de la *Ciencia y la Tradición*, esperar que no se trataba más que de una influencia pasajera. Un matrimonio con la hija de ese hombre, era el divorcio de la inteligencia de su hijo con la suya, era la deserción del hijo al campo enemigo, irreparable y definitivamente. Al mismo tiempo recordaba su conversación de por la mañana, y el sufrimiento pintado en la cara del joven cuando él se había desatado en improperios contra su antiguo camarada de escuela. ¿Y Juan no le había contenido? ¿No había aprovechado esta ocasión para decir su secreto? ¿No le había abierto su corazón como tampoco lo habían hecho Antonio ¡y Julia? A lo menos éstos

habían tenido para callarse el motivo de que obraban mal. Ante esta desconfianza del hijo de su inteligencia, del que prefería en lo íntimo de su corazón, este hombre tan sensible bajo la máscara de ideólogo, sintió que se le desgarraba otra vez el corazón, y, dejándose llevar á pensar en alta voz, preguntó: ¿Pero por qué no me ha hablado nunca de eso? Esta misma mañana hemos pronunciado el nombre de Ferrand á propósito de una deuda contraída por tu hermano..... ¿Por qué no me ha dicho nada? ¿Estás cierta de que ama á esa joven, ó sólo es una creencia tuya?...

— Estoy segurísima, respondió Julia, y añadió en tono de súplica: No le digas jamás que yo te he comunicado ese secreto que te ocultaba... Trata de que él mismo te lo diga. Ya ves que si hace ese casamiento, yo no puedo estar en casa.... Si los Ferrand sospechasen la verdad, ellos que son tan severos, jamás consentirían. Es preciso que yo desaparezca..... *Por lo menos habrá uno dichoso.*

No bien había dicho estas palabras, cuando al punto comprendió su crueldad y cogió la mano de José Monneron con una mirada que disculpaba la frase que se había atrevido á pronunciar. Pero ya estaba dicha, y cuando la enfermera, que se había retirado para dejarles hablar con toda libertad, vino á prevenirles que ya había pasado el tiempo concedido por el médico á cada visita, el padre llevó esta palabra como una espina clavada en su corazón: « *Por lo menos habrá uno dichoso.* » Haber trabajado más de cuarenta años de su vida como lo había hecho, desde su entrada en el colegio de Tournón hasta ese momento; haber renunciado, como lo había proclamado con tanta candidez, á todos los placeres, hasta los más modestos, cuando joven, por amor al estudio, y después por amor á los suyos;

haber seguido siempre la inspiración de su razón en las acciones importantes ó no de su vida ; haberse asociado sin cálculo al movimiento de su país y de su época que le parecía más justo ; haber establecido así su familia en condiciones de absoluta sinceridad, — y oir á uno de los miembros de esta familia denunciar la bancarrota de esta larga carrera con una breve frase, cuya verdad siente uno mismo hasta el punto de no rechazarla, — ¡qué desgracia! Cuando se encontró en la calle de Oudinot, solo con su pensamiento, José Monnerón cayó en una melancolía más profunda aún que aquella en que le había sumido la conversación con Juan. « Por lo menos uno dichoso....» Iba repitiendo esta palabra contra la que no podía protestar sino tratando de reparar lo que podía. Si era así — y así era en efecto, — ¿ qué debía de hacer para que los desastres íntimos resumidos en ese suspiro que se le escapó á Julia, quedasen recompensados en la medida de sus fuerzas, admitiendo que fuese responsable en algún grado?... Respecto de Antonio, ya había tomado una resolución ; el día siguiente volvería á la calle de Cortambert. No era mucho que Barantín, á quien jamás había pedido nada durante tantos años de constante fidelidad, alcanzase para su hijo mayor una concesión, bien en el Tonkín, bien en Madagascar, proyecto que era definitivo ahora. Los diez mil francos de capital que pondría á la disposición del hijo, serían el pago de la deuda que le debía como padre. Antonio podría ser aún dichoso si *quería*.... — Respecto de su hija, el padre estaba también firme en su decisión de tenerla siempre á su lado. No debería pensar en casarse, sino sólo en reparar su falta con la abnegación de su maternidad. Ella lo comprendería reflexionando y que el único asilo de protección digno en que pudiese criar á

su hijo, era el hogar paterno. Jamás podría ser dichosa, pero no sería tan desgraciada... — Quedaba Juan, porque la revolución que estaba á punto de verificarse en los sentimientos del padre irritado no llegaba hasta inspirarle la idea de cambiar por completo la educación de Gaspar. Quedaba Juan..... «Por lo menos habra uno dichoso.....» Así se había expresado Julia á propósito de éste. Si había tenido razón, no se trataba respecto de él como respecto de los otros dos, de reparar una vida ya arruinada. Se trataba sólo de establecer una verdadera felicidad... ¿ Á qué precio ? El padre de familia que acababa de descubrir en su corazón manantiales tan ricos de ternura y de indulgencia para Antonio, aun después de sus estafas, y para Julia, aun después de su seducción, se extrañaba de sentirse sin ese afecto respecto del porvenir del otro. La revelación de Julia sobre el amor supuesto de su hermano se traducía por una evocación, — la segunda después de algunas horas, — de ese Víctor Ferrand que le representaba todo lo que combatía con pasión desde que su inteligencia se había abierto á la libertad. El recuerdo de este adversario de sus más ardientes convicciones le causaba tanta pena, que hizo un esfuerzo para desecharlo : « Julia pretende estar segura de que Juan ama á esa joven. ¿qué sabe ella de cierto ? » En el momento en que repetía estas palabras se hallaba en el extremo de la calle de *Babylone* y en el jardin del *Bon Marché*. Atravesó este estrecho jardín y empezó á entrar por el laberinto de calles que le conducían al Luxemburgo y de aquí á su casa. De repente y volviendo la espalda á la dirección de su casa, empezó á alargar el paso hacia la plaza de San Sulpicio y la calle de Tournon, entregándose al siguiente monólogo :

— ¿Juan, amar á la hija de Ferrand? ¿Qué sabe Ju-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO